

Dario Fo



Ocho monólogos

LA VELA LATINA/Teatro

Título original: *Tutta casa, letto e chiesa, e altri*

Cubierta: *J. M. Domínguez*

Ilustración de cubierta: *Dorio Fo*

© Franca Rame y Dario Fo

© Traducción Carla Matteini, 1986

Derechos exclusivos de esta edición:

EDICIONES JUCAR, 1990

Fdez. de los Ríos 20, Madrid - Alto Atocha Gijón

I. SJJ. N.: &V3J4-5062-X

Depósito legal: B. 36.450 - 1990

Compuesto en Fernández Ciudad. S. L.

Impreso en Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

© Corrección editorial del texto y edición

Matteo Difumato, Quadrom (Te@tro Rural),

Roquetas de Mar, España, 2023. 47 páginas.

www.teatrorural.es (www.quadrom.eu)

ISBN 978-80-906696-9-7

Índice

A modo de prólogo.....	4
La mujer sola.....	8
La madre pasota	14
El despertar.....	20
Todas tenemos la misma historia	24
Monólogo de la puta en el manicomio.....	30
La violación.....	34
Yo, Ulrike, grito... ..	37
Una madre	40

A modo de prólogo

Si algún texto de Dario Fo pedía una publicación urgente, eran precisamente los monólogos que junto con Franca Rame ha ido escribiendo y representando a lo largo de los últimos años en torno a la condición femenina. En nuestro país se han representado y se siguen representando prácticamente sin interrupción, a manos de grupos {el primero fue *Guirigay*}, colectivos feministas, asociaciones culturales de todo el Estado.

De hecho, los *Monólogos* son probablemente, junto con *Muerte accidental de un anarquista*, los textos de Fo más representados en todo el mundo. Bastante evidentes me parecen las razones de su éxito, si pensamos en países con realidades sociales tan variopintas como pueden ser Australia y Japón, Finlandia y Estados Unidos, Grecia y Brasil, Alemania y Portugal... La difícil lucha cotidiana que la mujer sigue entablando por la recuperación de su dignidad, ya sea en la fábrica, en la oficina, y sobre todo en su agrídulce hogar, está sintetizada con lucidez e ironía a lo largo de esta galería de tipos: la obrera, el ama de casa, la pasota, la prostituta... Franca Rame y Dario Fo perfilan y confieren carne teatral a estos personajes emblemáticos, introduciéndolos en situaciones grotescas, donde el arma de la risa desvela y golpea en los puntos más frágiles y que más pueden dolerle al eterno antagonista, el hombre: su falta de comprensión, su egoísmo, su rechazo a toda posible transformación que conlleve la renuncia a los privilegios heredados y tan defendidos... Pero el feminismo de los autores, aun siendo implacable y certero como una dentellada, jamás resulta fanático, o sombrío: su ironía rescata, a veces mediante una tierna comprensión, la necesidad de una visión crítica y solidaria de las siempre difíciles relaciones entre mujer y hombre.

He hecho una selección del todo personal para esta primera publicación de los *Monólogos*, ya que quedan muchos otros para una posible segunda entrega. Los primeros, según un orden no solo cronológico, son los más conocidos y representados, como «La mujer sola», «El despertar» y «La madre pasota», que forman parte, al igual que los dos siguientes, «Todas tenemos la misma historia» y el «Monólogo de la puta en el manicomio», del bloque de *Tutta casa, letto e chiesa*, el espectáculo que Franca Rame ha representado en los últimos años. Tienen tratamiento de farsa, con una segura carga cómica, y analizan el entorno familiar y laboral, sobre todo en los tres primeros. A partir del «Monólogo...», el discurso se va endureciendo, para saltar al terreno de lo social. Este monólogo-puente representa, de algún modo, como un enlace entre las farsas anteriores y los textos escritos en los últimos dos años, en los que se inserta el análisis del terrorismo y la violencia de estado que podemos encontrar en otros textos anteriores de Fo (*Muerte accidental*, *La mueca del miedo*, *¡Pum pum!* *¿Quién es?* *¡La Policía!*). Como ejemplo de esta línea, he incluido el monólogo de Ulrike Meinhof y el de «La madre», testimonio doloroso de la madre de un terrorista de las Brigadas Rojas, así como «La violación», terrible narración de una mujer que ha padecido esa forma de violencia que por desgracia sigue ocupando casi a diario la crónica de sucesos. Creo, por tanto, que se puede rastrear cierta progresión dramática en esta selección, tanto temática como cronológica, a medida que el discurso crítico se va haciendo más duro y directamente acusador, al pasar del terreno más inmediato y «casero», donde se manifiesta la injusticia familiar educacional, heredada, al marco de una sociedad donde aún son posibles formas de violencia tan demenciales y extremas como la violación y la tortura.

CARLA MATTEINI

A continuación reproducimos el prólogo con que Franca Rame suele comenzar su espectáculo *Tutta casa, letto e chiesa*, y que es en realidad un monólogo autónomo que se convierte en un vivo diálogo con el público, abierto cada vez a las respuestas y reacciones que de ese público pueden surgir.

Tutta casa, letto e chiesa, espectáculo sobre la condición de la mujer, sobre sus servidumbres sexuales, nació en Milán, en 1977, como forma de apoyo a las luchas del movimiento feminista. Ha itinerado por toda Italia, organizado por grupos feministas, y la taquilla de las representaciones se destinaba a las diversas exigencias del movimiento, fábricas ocupadas, arreglo de viviendas, apertura de consultorios, etc. Hemos estado también en el extranjero: Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Francia, etc. En Frankfurt, por ejemplo, el espectáculo se hizo para recoger fondos para la defensa de italianos detenidos en Alemania.

El protagonista absoluto de este espectáculo sobre la mujer es el hombre. O mejor, su sexo. No está presente «en carne y hueso», pero está siempre aquí, entre nosotras, grande, enorme, amenazador... ¡y nos aplasta!

Nosotras, las mujeres, llevamos años luchando por nuestra liberación, por la igualdad de derechos con el hombre, igualdad social, igualdad de sexo. Algo hemos avanzado en lo social, pero en cuanto a la «igualdad sexual», prácticamente nada, jamás llegaremos a igualar al hombre en este campo. Resulta del todo utópico esperarlo, incluso por un hecho anatómico. ¡Resignémonos!

Demasiados tabús..., los arrastramos desde que nacemos e incluso antes, inhibiciones en el comportamiento, en el lenguaje...

Yo, por ejemplo, que soy bastante desinhibida, aquí, en público, delante de todos vosotros, pues... no consigo nombrar, con nombre y apellido, la... cosa esa..., el órgano viril. No lo consigo, ¡de veras! Quizás lo conseguiría en medio de una exclamación, de un taco..., algo como «¡Gilipollas!» o «¡Pollas en vinagre!». Solo así me sale. Pero creo que con el tiempo podremos superar el problema del lenguaje, estoy hablando de las mujeres de mi generación, porque las nuevas generaciones lo han conseguido, y muy bien por cierto. Incluso si a veces este lenguaje algo «fuerte» es tan solo una respuesta al conformismo idiota de los padres, de la sociedad. ¡Se creen, nos creemos así que estamos emancipadas, autónomas, en vanguardia! No nos damos cuenta de que una vez más nos encontramos sometidas a la altura de la... ¡del sexo del macho!

El hombre ha elevado su miembro a su imagen y semejanza. El es el auténtico poder. ¡El poder absoluto! Si lo pensáis bien, el mundo no gira alrededor del capital, ¡sino alrededor del GRAN FALO! ¡El es el auténtico tigre, y no de papel precisamente- Pese a sus modestas proporciones... Claro, ya lo sabía yo, ¡os sentís ofendidos! Además, no son las proporciones las que dan un voto a vuestro sexo: «Estoy muy bien dotado virilmente... ¡Mi sexo tiene unas medidas notables! ¡Bravo! ¡Un diez!» No son las proporciones, decía, sino sus cualidades intrínsecas, su comportamiento ideal, su manera de razonar. ¿De qué os reís? Sí, de razonar, ¡Sí, señores! Tiene cerebro, ¡y ya lo creo que razona!

Antes decía que la igualdad sexual es inalcanzable para nosotras las mujeres; hemos aludido a la liberación de la mujer, y a la dificultad en igualar al hombre en este campo... y lo confirmo. También por esa cualidad particular, casi mágica..., privilegio del tigre macho, es decir..., la de poseer un rabo..., ¡un rabito animado! Recordaréis ese famoso libro, La mujer eunuco, que trataba este argumento específico..., claro, porque nuestro complejo es precisamente el de sentirnos castradas del atributo fálico. Somos monas sin rabo. Y las mujeres, sin rabo, no podremos jamás levantar la cabeza. ¡Resignémonos! El, en cambio, con su rabito tan alegre, ¡es un milagro viviente! ¡Qué milagro, la erección! Milagro que, fijaos bien, puede darse en cualquier condición atmosférica: tiempo húmedo, tormentoso, andante con brío..., con viento, bajo el agua..., que

es algo más difícil, o volando por el cielo en un boeing, listo para ser fulminado por un misil americano en forma de polla.

Bueno, tras la presentación del protagonista masculino, hablemos de los personajes femeninos.

Cuatro mujeres bien diferentes entre ellas.

El primer monólogo, La mujer sola, es un ama de casa, el ama de casa por antonomasia, que lo tiene todo en el interior de su familia, menos lo más importante: ser tratada por los hombres de la casa como una persona, un individuo, y respetada como ¡al, y no solo utilizada como objeto sexual o como asistente sin sueldo. Nuestra mujer sola es un personaje sencillo, naif, que imita, con su vestuario —una batita transparente y cursi— los cánones televisivos, que cuenta a una nueva vecina su vida y su historia. Está encantada de tener a alguien con quien hablar, con quien confiarse, aunque sea al otro extremo de la calle. Cuenta su vida de manera cómica, grotesca. Te ríes mucho con este texto, pero al final te deja dentro mucha amargura.

Este personaje no es inventado, existe realmente, y no solo en Italia, sino también en otros países. En este monólogo están condensados todos, o casi todos, los tópicos de nuestra sexualidad mal aplicada, de la falta de respeto por parte del hombre hacia nosotras, hacia nuestras tristezas, nuestras desesperaciones. ¿Sabéis que son las mujeres las mayores consumidoras de alcohol en Italia? Hemos introducido intencionadamente estos tópicos, ya que no forman parte de una sociedad medieval superada, sino que son nuestra cotidianeidad. Todas, seguramente, nos hemos encontrado más de una vez en situaciones embarazosas, y aún tenemos suerte si las situaciones son solo embarazosas y no dramáticas, como palizas y violaciones.

El segundo monólogo es La madre pasota. No hay nada que añadir, más que aconsejar a todas las mujeres presentes que mediten sobre las elecciones de vida de esta madre «moderna».

Tercer monólogo, El despertar. Aquí tenemos a una mujer, una obrera, doblemente explotada: en casa, como «chica para todo», y en la fábrica. No podía faltar este personaje femenino en nuestra galería, personaje, fijaos bien, «básico» en nuestra sociedad, por lo que resulta indispensable hablar de él.

Todas tenemos la misma historia escenifica la relación sexual entre un hombre y una mujer. Mimada. Y, por favor..., ¡aconsejo a las actrices que lo «mimen» con cierta moderación! Lo he visto interpretado en el extranjero, a veces, con tan inútil «ardor interpretativo», que invalidaba todo el discurso sobre la dignidad de la mujer contenido en el espectáculo. Una relación sexual, decía, con la mujer, ay, subalterna al hombre, como ocurre... casi siempre. En 1977, cuando debuté en la Palazzina Liberty, no comprendía por qué las risas que me llegaban desde el público durante este monólogo eran solo risas de mujeres. Las mujeres se reían muy bien..., ¡los hombres no! Y además, a veces oía a alguna mujer que le decía a su compañero, novio, marido: «¡Te reconoces, cretino!»

¡Se montaba cada pelea! Desde que hago notar este comportamiento, la relación ha cambiado: las mujeres se ríen como siempre, pero también se ríen los hombres. Pero fijaos bien, mujeres que estáis entre el público, ¡la risa del hombre es una risa que no tiene nada de humano!

Se ríen a destiempo, sin gracia... Y luego dicen una frase encantadora: «Me río, porque no soy ése. ¡Yo soy feminista!» Yo pienso que al hombre feminista hay que eliminarlo desde pequeño.

Sí, porque nosotras, las mujeres, hablo por mí, pero creo que todas pensáis lo mismo, queremos que se nos respete en casa, por la calle, en el puesto de trabajo, y que no se nos trate de forma paternalista, como ocurre muy a menudo.

En este monólogo hay también un cuento, que en su estructura se remite a los

antiguos cuentos sicilianos, con todos sus ingredientes clásicos, el lobo, la bruja, es un momento surrealista: con algún que otro personaje que hay que indicar. Tenemos una niña buena, guapa, rubia, de ojos azules, y una muñequita de trapo que dice palabrotas. Estas dos figuras somos nosotras mismas de niñas. La niña dulce es esa parte de nosotras, dócil, que se somete, que acepta; la muñequita de las palabrotas representa, en cambio, nuestras rebeliones. El «gatazo rojo» es «el compañero». El «lobo» representa a todos esos; personajes «varones» que nos oprimen desde la infancia, del padre al hermano, al jefe de la oficina, etc. Luego crecemos, las dos partes se funden, nos convertimos en una sola cosa, y llega la madurez, la toma de conciencia.

El espectáculo está construido en clave cómica, en grotesco. Lo hemos hecho así con toda intención: ante todo, porque las mujeres llevamos dos mil años llorando, y esta vez nos reímos, y a lo mejor hasta nos reímos de nosotras mismas, y luego porque un señor que sabía mucho de teatro, un tal Molière, decía: «Cuando vas al teatro y ves una tragedia, te involucras, participas, lloras, lloras, lloras, y luego te vas a tu casa y dices: ¡qué bien he llorado hoy! Y duermes relajado. El discurso político ha pasado por ti como el agua sobre un cristal. Mientras que para reírse —sigue hablando Molière— hace falta inteligencia, agudeza. ¡En la carcajada se le abre la boca, pero también el cerebro, y en el cerebro se te clavan los clavos de la razón!»

*Esperemos que esta noche alguien vuelva a su casa con la cabeza clavada.
Empecemos.*

FRANCA RAME